
E D I T O R I A L

Normalmente no tenemos una sensación concreta respecto del paso del tiempo sino es porque algún referente nos facilita la tarea de situarnos en él. Posiblemente sea, porque no es el tiempo el que pasa sino nosotros, o mejor dicho aquello que más nos sustantiva como seres, es decir: nuestros pensamientos, nuestros planteamientos, nuestras ideas, nuestras actividades, nuestros recuerdos...

Un referente imposible de ignorar es el que inexorablemente se producirá y se viene anunciando desde todos los ámbitos sociales, el cambio de siglo y de milenio. Parece que un hecho puntual de tanta relevancia, se debe convertir en punto de inflexión obligado para replanteamientos de colectivos que como el nuestro ha crecido y se ha desarrollado alcanzando un importante grado de madurez a lo largo de algo que pronto denominarán como «otros tiempos».

Se intuye que todos los ámbitos del saber precisarán practicar un obligado ejercicio de adaptación, para atender a las nuevas necesidades y de reconceptualización para integrar los nuevos conocimientos y metodologías. No afrontar los nuevos retos conducirá irremediabilmente a perder la consideración de personas de nuestro tiempo.

Con el siglo también acaban o al menos se cuestionan muchos de los mitos forjados desde la categoría histórica denominada modernidad y que podríamos resumir en las ideas de progreso y razón forjadas por los comerciantes y humanistas del Renacimiento y por los filósofos y políticos de la ilustración. Ideas que en lo social y en lo científico prometían progreso ilimitado, racionalidad y emancipación.

La crisis de estos principios se produce, tal como señala Lyotard cuando la realidad de final de siglo nos muestra más que el paraíso prometido, la eclosión de nuevas miserias y el reforzamiento e intensificación de los mecanismos de control.

Crece el sentimiento de que posiblemente la historia no es una línea recta y ascendente, unidireccional e irreversible, que conduce necesariamente a un punto absoluto, sino una suerte de espiral recurrente y rítmica, pluridireccional y reversible que puede devolvernos a cualquier situación anterior.

Estas nuevas percepciones de la realidad, no deben conducirnos al pesimismo o al «todo vale» del pensamiento postmoderno, sino hacernos conscientes de la necesidad de imprimir a nuestras acciones intención, voluntad, continuidad, sentido y significado y a no confiar irresponsablemente en aquello de que «el tiempo todo lo arregla».

Nuestro colectivo no puede ignorar la situación y debemos vertebrar nuevas formas organizativas, arbitrar nuevas vías de expresión, promover nuevos esfuerzos

del pensamiento, debemos, en definitiva, generar un ecosistema cultural que garantice la tensión necesaria para producir los cambios necesarios y en la dirección más adecuada.

Sólo desde ese esfuerzo colectivo es posible alcanzar lo que Throsby denomina «sostenibilidad cultural» entendida como el grado de masa crítica cultural preciso para mantener la capacidad de transformación y creación de un ámbito del conocimiento.

Alguien nos comentó en el último Congreso de Sevilla, ¿Es AIDIPE una agencia destinada a gestionar congresos y revistas o es algo más? La respuesta situada en el futuro más inmediato se nos antoja muy simple: o conseguimos ser algo más o simplemente no seremos.